

Armonía ecosocial cuestionada tras Fukushima

El impacto cuestionador de Fukushima ha sido demasiado fuerte. No es cuestión solamente de que Japón haya olvidado lo mejor de su tradición de armonía ecosocial y autocontención equilibrada, sino que está poniendo en juego la otra cara de esa misma tradición. Hay una ambigüedad inherente a la armonía en esta cultura. La otra cara de la conciliación es la falta de confrontación. Por exceso de ceder para no romper la unidad de la totalidad, se doblan las partes ante el todo y se somete la individualidad a la uniformidad de los totalitarismos. Sobre estas luces y sombras de la armonía ecosocial oriental el autor reflexiona a continuación.

La tragedia de Fukushima, donde el desastre nuclear de responsabilidad humana superó en proporción incalculable a la desgracia natural originada por el seísmo, sigue desconcertando, tres años después del accidente, a quien admira desde hace más de cuatro décadas¹ la armonía ecológica en la tradición oriental de equilibrio entre identificación con la naturaleza y manipulación tecnológica,² así como la armonía social de una cultura de la concordia comunitaria.³ Ha producido aún mayor perplejidad la tardanza e insuficiencia en surgir la protesta ética, la rapidez en debilitarse esta reacción por el control de los poderes político-económicos, así como su posible y temida extinción por efecto de la manipulación mediática de la opinión pública.

Juan Masiá Clavel,
Instituto de
Investigación sobre
La Paz, Conferencia
Mundial de
Religiones (WCRP,
Tokio)

Nos preguntábamos: ¿es que Japón ha olvidado lo mejor de su tradición de armonía ecosocial, o será que la ha traicionado? ¿Dónde está la cultura de Yamato, expresada en el ideograma emblemático «WA»: armonía, equilibrio natural y concordia social? Es cierto que ya durante los años del creci-

¹ J. Masiá, «Estética japonesa del clima», *Razón y Fe*, junio, 1970, pp. 633-638; *Bioética y Antropología*, U.P. Comillas, 2004, pp. 179-206; *La gratitud responsable*, U.P. Comillas, 2004, pp. 55-87.

² T. Watsuji, *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*, trad. de J. Masiá y A. Mataix, Sígueme, Salamanca, 2006.

³ T. Kenmochi, *La cultura del "MA" ("MA" no bunka: espacio y relación)*, Kodansha, Tokio, 1978.

miento económico sentíamos la contradicción entre la tradición de autocontención ecosocial y el derroche de la cultura del consumo en un país que, en vez de extremo-oriental, merecería llamarse extremo-occidental, en el sentido peyorativo del término. Ivan Illich había pregonado en Occidente la sabiduría *zen*, aprendida en los jardines de Ryoanji, en Kioto, al contemplar la inscripción *Ware tada taru wo shiru* («Sé contentarme con lo justo, me basta con lo que tengo»). La ecologista keniana, Premio Nobel de la Paz en 2004, Wangari Maathai no se cansaba de divulgar el concepto japonés *mottainai*, traducible así: «¡Qué desperdicio! No desaprovechemos. Reduzcamos, reutilicemos y reciclemos». Al citar estas ponderaciones uno sentía la incomodidad de tener a la vista a diario, en la gran urbe de Tokio, los ejemplos que las contradicen. Así y todo, la benevolencia hacia la cultura seductora del país inclinaba a desmontar la crítica con la excusa de atribuir las culpas al influjo de la globalización.

Cultura de la armonía

El nombre originario del país de Yamato, en la planicie de Nagoya, pasó a escribirse con el carácter chino-japonés «WA», significativo de paz, concordia, armonía y unidad. En la *Constitución de 17 artículos (604 A.D.)*, formulaba el emperador Shotoku (572-622) el ideal que se convirtió en señal emblemática de identidad nipónica: «Valorar la nobleza de la armonía» (*“WA” wo motte tôtoi to nasu*). En la noción importada de China, el confucianismo había acentuado, además de la armonía interior de uno mismo, los rasgos del cuidado exquisito de la etiqueta y urbanidad, junto al equilibrio jerarquizado de los estratos sociales. Como escribe T. Kasulis:

«La sinergia de las ideologías estatales de confucianismo, budismo y sintoísmo funcionó a nivel simbólico... Cuando el primer artículo de la Constitución de Shotoku acentúa la importancia de la armonía, la palabra japonesa usada es precisamente “WA”, el término que servía en aquella época para designar como epíteto a Japón».⁴

El uso budista del término destacaba las características de tranquilidad y serenidad en la comunidad monástica, designada como «agrupación bajo el techo de un mismo “WA” de los monjes (*wa-gô-sô*)», que presentan un rostro amable y sonrisa acogedora. A la estabilidad íntima del vínculo conyugal se la llamaría «conjunción del “WA”» (*wa-gô*). Se refleja el pictograma de esa armonía en el refranero popular cuando cita, por ejemplo, el «“WA” de la tierra, “Wa” de la gente», para expresar que la unión hace la fuerza y fomentar un orden común sin disputas ni estridencias que desentonen del conjunto. Curiosamente, en la terminología matemática, “WA” sirve para significar la adición. Pero el énfasis en la concordia

⁴ T. P. Kasulis, *Shinto. The Way Home*, University of Hawai Press, 2004, p. 89.

del clan aldeano en la sociedad rural se convertiría con el tiempo en un tipo de homogeneización colectiva impuesta desde arriba por la autoridad en una sociedad en la que lo público tiende a identificarse con el poder político y las administraciones.

En artesanía y estética, el «espíritu del WA», con toda su ambigüedad, designa sin definirlo el sentido de lo naturalmente armónico, tanto en los utensilios de la domesticidad cotidiana de vestir y comer como en las artes plásticas, primando la armonía de los conjuntos sobre la afirmación de las individualidades.

El anverso de la armonía: connaturalidad artística y concordia comunitaria

No cabe en el molde de un breve ensayo el recorrido por las tradiciones orientales de armonía ecosocial. Habría que remontarse a sus raíces en el pensamiento indio sobre la unidad básica de todas las cosas en medio de la diversidad de la creación; la confluencia de esta herencia de no-dualidad con el dinamismo del universo en el taoísmo chino, mediante la dinámica del Yin y el Yang, pone de relieve la armonía global del cosmos e invita a la moderación en el manejo humano de los recursos naturales y el respeto a la naturaleza; la convergencia de esta mentalidad con el humanismo cósmico del confucianismo, permite ver la creación entera como una familia única, amable y respetable; la conjugación con la espiritualidad budista del desapego y liberación de la codicia, contribuye a repensar la economía viable y el desarrollo sostenible mediante la autocontención que se contenta con lo suficiente. Hay que añadir, finalmente, el encuentro de estas corrientes de autocultivo, espiritualidad, arte y convivencia con el sentido originario de unidad y comunión con el conjunto del universo y la vida, tal como lo hallamos en el trasfondo animista de religiosidades cósmicas y populares. Un ejemplo sería el sintoísmo que, tras su superficie politeísta, conecta con un *humus* natural de identificación con una trascendencia elusiva, presente en la corriente de la vida y difuminada inmanentemente en la cultura. De todo este inmenso río, con tantos afluentes, destacaré unos pocos ejemplos japoneses de connaturalidad estética y concordia comunitaria como plasmación de la cultura armónica del “WA”.

T. Imamichi (1922-2012), que dirigía desde 1984 el Centro Internacional para estudios comparativos de Filosofía y Estética, desde las raíces de su pensamiento insistía en la conjunción oriental de ética y estética, y acuñó en japonés el uso del vocablo *ecoética*. Imamichi percibía la necesidad de que la ética redescubriese un sentido profundo de lo natural. No para oponerse a lo artificial, ni para negar la tecnología, sino para evitar «la magia de una técnica deshumanizadora y desnaturalizadora». Propugnaba:

«Una ecoética que hable al mismo tiempo del sentido de la naturaleza y de aquellos valores como la aceptación contemplativa de la vejez y de la muerte, que fácilmente se pierden en la era tecnológica».⁵

Las sabidurías orientales invitan a sintonizar con el cosmos como con un gran cuerpo, un hogar, y casi como una persona, de manera que nuestra relación con el cosmos se solape con la relación con uno mismo y con lo absoluto. Se pueden destacar, en estas tradiciones orientales, tres características principales: cosmocentrismo, no-dualismo y holismo. En cuanto al cosmocentrismo, llama la atención que el ser humano no está en el centro del universo, sino con los otros seres. Su papel no es dominar, sino armonizar. Debe cobrar conciencia de la armonía cósmica y acoplarse a ella. Hay un mutuo y continuo ceder y salir de sí para que viva el misterio del Todo. El sabio es el que ve y descubre la sabiduría inherente en el cosmos. El buen gobernante se rige por ella. Autocontención y no intervencionismo no son mera pasividad, sino dejarse llevar en brazos por la naturaleza con gratitud. El karma de solidaridad cósmica no sería necesariamente fatalista, sino regulador y armonizador o restaurador de equilibrios. A pesar de los cataclismos, la naturaleza es benefactora; a pesar de los maleficios, los “malos espíritus” son buenos. Día y noche, orden y caos son las dos manos y rostros de una madre. Apreciamos un optimismo básico que confía en la realidad.

El filósofo japonés Tetsurô Watsuji (1889-1960), conocido por su ética, tenía una gran sensibilidad estética, como muestra su *Antropología del paisaje*. Las reflexiones de Watsuji sobre la conjugación de lo natural y lo artificial en el arte de la jardinería japonesa fueron para mí una de las primeras guías en el encuentro con esta cultura. Posteriormente, en el contexto de los debates bioéticos, acudí de nuevo a este pensador en busca de una aportación oriental para el principio de intervención encauzada y responsable, frente a los dos extremos de la ética del freno a la intervención humana y la “no-ética”, que acelera irresponsablemente las intervenciones tecnológicas sobre la naturaleza. El principio de intervención encauzada y exploración responsable plantea la revisión de la ética de la vida ante el desafío de los desarrollos tecnológicos. Este criterio, aprendido de las tradiciones sapienciales de armonía, enseña precisamente a intervenir en los procesos naturales y vitales de un modo encauzado y responsable: manipular la vida sin desencauzarla, acomodándose a su ritmo interior. Watsuji reflexionaba sobre lo artificial y lo natural, comparando los jardines japoneses con los de Versalles. Este contraste le llevaba a una visión de lo artificialmente natural que resulta muy sugerente para relacionar la tradición japonesa de reverencia por la naturaleza con el modo en que la manipulan las recientes biotecnologías. Watsuji procuraba no oponer la racionalidad occidental a una supuesta irracionalidad oriental. El jardín japonés constituía, para él, la conjugación de lo artificial y lo natural. Pero se trata de una artificialidad distinta de la que se pone en juego para lograr los efectos simétricos y geométricos de un jardín al estilo de Versalles.

⁵ T. Imamichi, *Acta Institutionis Philosophiae et Aestheticae*, Tokio, 1983, vol. I, pp. 1-10.

Tuve ocasión de comprobar lo atinado de esta observación de Watsuji cuando escuchaba, durante la visita a la villa de verano de los emperadores en la provincia de Nígata, la explicación de un jardinero mientras me mostraba un pino centenario. Sus ramas se doblaban con una elegancia que podría competir con los sauces. Una de ellas casi roza el suelo. Esto sólo es posible, me decía el jardinero, podando desde jóvenes estas ramas, de manera que el peso de la nieve en invierno y el brotar de los nuevos tallos en primavera produzca al cabo de los años esta figura. Si se corta demasiado, no se obtiene esa curva; si no se corta lo suficiente, se quiebra la rama por el peso de la nieve. Esta curva maravillosa no se obtuvo por cálculo matemático de una computadora, sino por lo que Watsuji habría llamado la “congenialidad” entre el artífice que modifica artísticamente la naturaleza y la orientación inmanente de la misma.

La armonía ecosocial japonesa tiene luces y sombras. La parte sombría es la que ampara la exclusión bajo la capa de orden y seguridad, o viste de uniformidad el consenso al precio de sacrificar víctimas excluidas

Al trabajar en la traducción de la obra de Watsuji, no encontré palabra mejor que “congenialidad” para expresar la sintonía entre el artista y la naturaleza. La expresión original es *ki ga au*, que quiere decir: el ánimo o talante (*ki*) del artista se acopla o ajusta (*au*) con lo que está pidiendo la naturaleza. De ese modo, al modificarla, la prolonga y le hace dar lo mejor de sí misma para su realización. Se comprende que de esta estética se derive una ética que en lugar de frenar la manipulación biotecnológica la favorezca; pero esto se lleva a cabo según una línea que no destruye, sino que vivifica aún más lo natural. Dice Watsuji: «Así como dos personas congenian entre sí, existe también una congenialidad entre la piedra y el musgo».

Precisamente para poner de relieve esa congenialidad se evita la simetría. Por eso el estanque que encontramos en medio del jardín japonés no es ni puramente natural, ni totalmente artificial; no es, desde luego, el estanque natural que hallaríamos en pleno bosque, pero tampoco se identifica con el estanque geoméricamente simétrico de Versalles. Para quien racionalidad y lógica signifiquen simetría y geometría, el jardín japonés parecería irracional e ilógico. Para Watsuji, en cambio, se trata de otra racionalidad y otra lógica distintas. Una racionalidad que se pliega y acopla a lo natural acomodándose a su dinamismo interior. No se deja a la naturaleza tal como está, se la modifica, pero sin arrasarla. Se la adapta y transforma de un modo artificialmente natural y naturalmente artificial. Por eso esta clase de arte nos proporciona un criterio para la bioética y ecoética de la era tecnológica.

El modelo propuesto por Watsuji no es el de un dominio destructor de la naturaleza, ni el de una identificación pasiva con ella. Tampoco es meramente el de un gerente respon-

sable que la manipula al servicio del ser humano. Es algo más. Esta sugerencia de Watsuji, que acabo de presentar en términos de lo “artificialmente natural”, consiste en modificar la naturaleza acoplándose a su propio movimiento, ajustándose al ritmo con que ella se modifica a sí misma. La naturaleza se modifica a sí misma por mano humana y cobra conciencia de ello. Cuando el ser humano interviene en los procesos vitales, la intervención es más profunda que en la jardinería o las artes plásticas. Es la vida misma modificándose conscientemente a sí misma.

Este sentido japonés de connaturalidad estética se relaciona con el sentido tradicional de lo natural en esa cultura y su tradición de concordia en las relaciones humanas. Se conjuga el sentido de acoplarse a la naturaleza con el de acoplarse fielmente a lo natural dentro de cada persona.

Influye aquí la herencia de Confucio, que da tanta importancia al orden natural racional, del que los seres humanos son elementos que han de estar en armonía con el conjunto; como parte de la misma totalidad ordenada, el orden social se apoya en el rigor de las normas de conducta y está asegurado por la unificación del Estado bajo la autoridad de unos gobernantes que, se supone, son personas estudiosas y dotadas de sabiduría moral. De esta armonía cósmica e individual brotaría la acción social y política en su teoría y en su práctica.

La palabra clave de la ética de Watsuji es *aidagara*: traducida imperfectamente como interrelación, intersubjetividad o, si el neologismo se permite, “*inter-vivencia*”. Se concentra en ella toda una tradición oriental de filosofía del espacio, metafísica del presente y ética comunitaria de la interrelación.

Hasta aquí, unas someras alusiones a los aspectos de armonía ecosocial oriental presentes en el acercamiento japonés a la estética y a la ética. Pero esto sólo es la cara de la moneda, cuya cruz también conviene considerar. La armonía ecosocial japonesa tiene luces y sombras, y el problema de Fukushima ha aireado esas sombras. Con una tradición de armonía ecosocial como la que acabo de sugerir, ¿cómo es posible comprender el desastre de Fukushima que la contradice? Imposible, si no desvelamos la otra cara de esa tradición, el reverso negativo de la armonía, que Japón necesita dismantelar.

El reverso de la armonía: colectivismo tribal y autoritarismo estatal

La otra cara de la armonía consiste en ser el *humus* para los colectivismos tribales que frenan el pensamiento crítico, castran la capacidad de indignación y amordazan la protesta

ética contracorriente. Por eso percibimos que la armonía ecosocial tiene luces y sombras. La parte sombría es la que ampara la exclusión bajo la capa de orden y seguridad, o viste de uniformidad el consenso al precio de sacrificar víctimas excluidas. La palabra clave más repetida en los medios japoneses durante los primeros días después del seísmo fue *sotei-gai*, que significa “inesperado”, al pie de la letra: «fuera de lo que se podía prever». El comentario más repetido en los informativos de aquel mes: «¡Imprevisible! Fuera de toda expectativa, insospechable, nos atacó por sorpresa». Sin embargo, podía y debería haberse previsto. El 15 de junio de 1896, un tsunami alcanzó 38 metros de altura (en Fukushima, esta vez, fueron 34) y se cobró, en el mismo lugar, veinte mil vidas. Cinco veces en el siglo pasado descargó el maremoto contra esas costas. Pero el dique de la central nuclear era de siete metros solamente y las instalaciones refrigeradoras estaban a poca altura.

Un cuento popular, que aprendimos en los primeros días en la escuela de japonés, refleja el miedo ancestral al *tsunami*. El campesino Inamura salva a su pueblo: ve desde el monte la amenaza de las olas, prende fuego a su cabaña para llamar la atención, la aldea entera se apresura a subir para apagar el incendio y así se libran de la inundación. En 1993 un tsunami de once metros desbordó un dique de cinco. Pero, inexplicable y paradójicamente, Japón tiene una serie de instalaciones nucleares en la costa y no había hecho las revisiones necesarias, a pesar de que los mismos diseñadores del reactor de Fukushima denunciaron su vulnerabilidad en caso de accidente. En 1995, el experto en energía nuclear Jinzaburo Takagi, que venía denunciando sus peligros en numerosas publicaciones, ya vaticinaba lo que ocurriría en Fukushima.⁶

La tragedia de Fukushima ha puesto de manifiesto lo mejor y lo peor de la armonía ecosocial tan ponderada por la japonología: lo mejor del sentido comunitario, de ayuda mutua y solidaridad del pueblo japonés; y lo peor del servilismo sumiso, incapaz de protestar contra los poderes fácticos político-empresariales que lo manipulan. Quienes no se rebelaban contra la naturaleza, asumiendo fatalísticamente el destino violento de un seísmo o de un tifón, tampoco protestaban contra las causas humanas del desastre causante de víctimas humanas. Un modo de desahogarse el disgusto era la válvula de escape de comentar exageradamente lo sorprendente e imprevisto del caso. Pero, ¿era realmente inesperado lo que ocurrió? La crítica social diría que, lamentablemente, el precio del sacrificio estaba demasiado previsto, a la vez que oculto a la vista.

Tetsuya Takahashi, filósofo y crítico social que relaciona el desastre de Fukushima con sus causas en el fondo cultural sacrificador de la parte débil en beneficio de la armonía del grupo, señala cómo se agrava esta acción victimaria al juntarse con los criterios de la globalización capitalista, que “engorda al fuerte devorando al débil”. Y sostiene:

⁶ «Las instalaciones nucleares y la prevista situación de emergencia. Examen de las estrategias de defensa contra los seísmos», *Revista de la Asociación Japonesa de Física*, octubre, 1995, pp. 4-10.

«Tras Fukushima se ha destruido el mito de la seguridad de las nucleares; se ha puesto de manifiesto que la generación de energía nuclear no puede llevarse a cabo sin convertir en víctimas a sus trabajadores; se ha evidenciado el peligro del uranio combustible, ya desde el primer momento; y se conoce mejor hasta qué extremo está sin solucionar el problema de los desechos, sumando así a futuras generaciones al número de sacrificados... Sin todas estas víctimas no puede funcionar el sistema».⁷

Por tanto, el peligro es aún mayor en un país geológicamente amenazado por los seísmos y culturalmente amenazado por la tradición que, bajo apariencia armonizadora, es sacrificadora.

Takahashi detecta, tanto en la opción por construir las nucleares como en la elección del lugar de instalarlas y en la decisión de no invertir en su seguridad, el ejemplo más característico de cómo el reverso negativo de la tradición de armonía ecosocial ha funcionado en la sociedad japonesa en contradicción con el ideal de armonía de naturaleza y tecnología. Pero, en cambio, ha funcionado en continuidad con el modelo de armonía tribal que conlleva un “sistema victorario de sacrificio”. En este sistema socio-político y socio-económico se obtiene y mantiene el beneficio de un grupo al precio de sacrificar las condiciones (de vida, de salud, propiedad, etc.) de otros grupos; el bien común no lo es en sentido estricto, sino como bien de grupos excluyentes al precio de la exclusión de otros. Dicho sacrificio se oculta a la vista de la sociedad o, cuando esto no es posible, se maquilla su aparición presentándolo idealizado como “noble sacrificio”, tal como se hizo en su día con los “héroes de guerra *kamikazes*” o en la actualidad con los “héroes de Fukushima”. La cuestión digna de protesta ética es que, en vez de disimular con memoriales de ensalzamiento a los sacrificados, lo que hace falta es dismantelar el sistema que los obligó a sacrificarse.⁸

Gregory Clark, economista, pensador, diplomático asesor del Gobierno y residente largo tiempo en Japón, se pregunta:

«¿Qué ha movido ese esfuerzo titánico, primero por enfriar, luego por controlar, y finalmente por conservar los reactores de Fukushima? ¿Es para salvar vidas o para salvar al reactor, garante de energía para mantener el nivel de vida de una parte del país no afectada por la catástrofe?»⁹

Grave pregunta que hace temblar más que un seísmo de magnitud nueve. Se puede prever que los dirigentes políticos y empresariales seguirán vendando los ojos de la opinión pública, y continuará difundándose el mito de la energía nuclear limpia y segura, mientras

⁷ T. Takahashi, *El Estado victorario (Kokka to gisei)*, NHK books, Tokio, 2005; *El sistema victorario: Fukushima y Okinawa*, Sûeisha, Tokio, 2012.

⁸ *Ibidem*, cap. 2.

⁹ [disponible en <http://www.gregoryclark.net/jt/index.html>].

la sociedad anestesiada disfruta de las comodidades y el derroche del consumo de energía. Como quien vive sentado sobre el cráter de un volcán sin prever la erupción imprevista. Pero no basta pensar en los peligros de las centrales nucleares. Dice el mismo Gregory Clark:

«Hay que desenmascarar la manera de funcionar y la mentalidad y condicionamiento cultural de la burocracia japonesa, que se resiste a recibir críticas, ayudas u orientaciones desde fuera. El desastre de Fukushima debería hacer pensar al pueblo japonés sobre la necesidad de revisar su tradición cultural». ¹⁰

La tragedia de Fukushima ha puesto de manifiesto lo mejor y lo peor de la armonía ecosocial: lo mejor del sentido comunitario; y lo peor del servilismo sumiso, incapaz de protestar contra los poderes fácticos político-empresariales

A esta mentalidad se la designa habitualmente en los medios críticos como espíritu de clan y aldea: «el clan de la aldea nuclear» (*genpatsu mura*).

El *Informe de la Comisión Independiente para Investigación del Accidente de Fukushima (Nuclear Accident Independent Investigation Commission)*¹¹ subrayó el problema básico de deficiencias de funcionamiento del sistema de gobernanza japonés. Concluía la Comisión diciendo que el accidente no podía considerarse con un mero desastre natural, sino como consecuencia de importantes fallos humanos sistémicos con raíces culturales que hay que revisar.

«Ha sido un desastre *made in Japan*», afirmaban. Sus causas fundamentales se encuentran en convencionalismos hondamente arraigados en la cultura: obediencia sin crítica, falta de oposición a la autoridad, gregarismo e insularidad. Habría ocurrido el mismo fallo aunque hubiesen sido otros japoneses los dirigentes. El programa, puesto en marcha desde los días de la crisis del petróleo, en la que Japón optó por la energía nuclear, se llevó a cabo a puertas cerradas, sin inspección democrática. El trabajo de la agencia reguladora se puso en manos de la misma burocracia gubernamental responsable de su promoción. La reflexión crítica del Informe invita a la ciudadanía japonesa a ejercitar la responsabilidad individual en una sociedad democrática; pero eso supondrá una ruptura con la cara negativa de su tradición cultural de armonía dentro del grupo, organización de pertenencia, dentro del “clan tribal”.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ [disponible en http://naic.go.jp/wp-content/uploads/2012/07/NAIC_report_lo_res.pdf
<http://bos.sagepub.com/cgi/alerts>].

Esta autocrítica ya se ha realizado en otras ocasiones –para ser abandonada al olvido poco después–, desde pensadores arraigados en esa misma tradición. Por ejemplo, Ichikawa Hakugen (1902-1986), monje budista de la rama rinzai, criticaba en la posguerra el militarismo imperante previo a la guerra y el uso ideológico del nacional-sintoísmo. Lo hacía precisamente ahondando en las raíces culturales de aquel totalitarismo, y en la responsabilidad de los budistas al condescender con el Gobierno y no criticar la guerra del Pacífico.¹² En esta obra de denuncia, Hakugen señalaba hasta doce características históricas del budismo japonés para doblegarse ante los autoritarismos. Entre ellas hay rasgos de este anverso negativo de la armonía oriental que estamos considerando: el sometimiento de la religión al Estado; el uso de la doctrina sobre el *karma* para justificar desigualdades sociales y el sacrificio de la parte débil en beneficio del grupo (era frecuente y famoso el eslogan: “extinción del yo, servicio al todo” : *messhi-hôkô*); la falta de espacio para dejar ponerse en pie a las individualidades y reclamar derechos; el cuidado prioritario de las estructuras sociales jerarquizadas; la idealización del jefe del Estado como un cabeza de toda la familia patriótica, etc.

Tardó meses en consolidarse el movimiento de protesta contra el peligro de las 54 centrales nucleares en zonas costeras de Japón amenazadas por seísmos, pero el aumento de unos miles de manifestantes es una gota de agua en el océano de una opinión pública fácilmente manipulable. Citamos a menudo el refrán nipón: «cuando el de arriba te arrolle, agáchate», con el fin de expresar la dificultad japonesa para indignarse contra el sistema político inmovilizador de su sociedad. Los estudios de japonología siguen insistiendo en que el comportamiento japonés es uno de los más fáciles de predecir, comparado con el de otras culturas. Hay un molde para cada situación previsible y está mal visto destacar rompiendo esquemas. Refranes tradicionales lo describen e inculcan: «al clavo que sobresale, lo machacan»; «no te enfrentes al viento o te quebrarás»; «déjate doblar por el viento como un junco, y déjate arrollar por el que manda».

¿Va a seguir la sociedad japonesa dejándose arrollar y machacar para no destacar ni discrepar de su armonía o escuchará autocríticas como las citadas de Hakugen, Clark o Takahashi, que posibiliten el debate público sobre las luces y sombras de dicha armonía? No será fácil. Como sugería al comienzo de estas líneas, pesa mucho un tipo de homogeneización colectiva impuesta desde arriba por la autoridad, en una sociedad donde lo público tiende a identificarse con el poder político y la administración gubernamental. Tras más de un cuarto de siglo publicando el volumen de su congreso anual, la Asociación Japonesa de Filosofía de lo Público¹³ necesita reiterar en cada inauguración que su nombre en japonés (*kôkyô-tetsugaku*, equivalente de *public philosophy*) no refleja su intención. En efecto, “lo público”, designado por el término *ôyake* en japonés, se interpreta habitualmente como

¹² I. Hakugen, *The War Responsibility of Buddhist (Bukkyôsha no Sensô Sekinin)*, Shunjûsha, Tokio, 1970.

¹³ N. Yamawaki, *Filosofía de lo público (Kôkyô-tetsugaku)*, Chikuma, Tokyo, 2004.

lo que viene impuesto desde “los de arriba” (*o-kami*), ya sean burócratas del Gobierno, de la dirección de la empresa, del ayuntamiento o de la asociación vecinal.¹⁴ Falta un espacio de debate y deliberación, que sea verdaderamente público, tanto frente a imposiciones colectivistas como a exigencias individualistas. Sin ese espacio democrático no se podrá dismantelar el reverso de la armonía ecosocial para aprovechar su anverso positivo.

El totalitarismo es un individualismo del poder. En cambio, la totalidad integradora incluye la dignidad individual y hace posible la protesta ética para evitar que la armonía del conjunto se convierta en totalitarismo. Por otra parte, el reverso del énfasis en el sujeto y la razón instrumental y técnica es el egoísmo en las relaciones humanas y el dominio destructor de la naturaleza. Pero no quisiéramos caer en el tópico de decir que esto es lo occidental y que deberíamos aprender de Oriente. Japón es capaz de superar a Occidente en occidentalismo en el peor sentido de la palabra: destruyendo la naturaleza y sacrificando en las relaciones humanas a la minoría débil en aras del poder. Cuando Japón actúa así está prolongando el reverso negativo y negando el anverso positivo de su tradición de armonía ecosocial.

No he querido enfocar el problema en términos estereotipados de Japón *versus* Europa o de Oriente y Occidente. Ni la armonía de Japón es tan ideal como se alaba, ni Occidente tan individualista como se critica. Habrá que criticar, dentro de y desde ambos lados, colectivismos e individualismos, para redescubrir en ambas tradiciones lo mejor de la armonía que conjuga naturaleza y arte o técnica, así como la que integra la afirmación de la dignidad personal en igualdad y el bien común en la concordia social sin exclusiones: una armonía totalizadora, pero no totalitaria, del bien común, la dignidad personal y el respeto a la vida en los ecosistemas; una armonía verdaderamente integradora, no sacrificadora; y una paz justa, y no victimaria.

¹⁴ Y. Sugimoto, *An Introduction to Japanese Society*, Cambridge, NY, 2000.